



Paseo de las Delicias, 60.
Apartado 547.—Teléfono 1843

SUMARIO

- UN PEQUEÑO REPORTER
Sección vermouth.
- CLEMENTE DE CASTRO
Pérez, el marinista.
- MINGO REVULGO
El «cine», delator.
- MISTINGUETTE
¡Me voila!...
- LUIS ESTESO
... Y vamos tirando.
- JULIO ROMANO
La enfermedad de Pepita.
- FELIX RECIO
Las fuerzas de un forzado.
- LUIS DE OSSA
El caprichito de los espárragos.
- TOVAR
y DEMETRIO
Varios dibujos y retrato de
Mistinguette

Angele Le Prince, a. MISTINGUETTE

Francesita muy gentil, muy coqueta y
muy pícara, que inaugura hoy
en LA HOJA DE PARRA
una interesante co-
rrespondencia
en espa-
ñol.



5 cénts.



No podemos quejarnos. La ola de calor ha pasado como si fuese un duro sevillano recién acuñado. Un poco de molestia en las horas de mayor fuerza del sol y se acabó. El resto del día lo pasamos tan ricamente, y por la noche, hace un gris así como si estuviera uno entre Romanones y D. Melquiades.

Las condiciones climatológicas, van sin duda cambiando en Madrid y yo creo que es cosa de Alba para que veamos que nos aprecia casi tanto como á los jóvenes elegantes de la acera de San Francisco de Valladolid, de los cuales ¡ay! formó el parte principalísima hace ya bastantes años.

Antes, de Julio á Septiembre, era esto un chicharrero inaguantable, y los que no podían marchar á las playas del Norte, se quedaban en la Sierra, y los que ni aun esto podían hacer, se pasaban la vida en los famosos y ya casi desaparecidos baños del Manzanares.

Ahora, le dicen á uno que se vaya á Cercedilla y le envía á hacer, no cedilla, sino gárgaras, el que le dirige la indicación porque aquí se está como los propios ángeles que dice Buendía cuando va en el automóvil del alcalde, ó sea desde las ocho de la mañana hasta las cuatro de la madrugada.

Y cuando refresca por las noches en términos que se sueña con una señora de abrigo, tanto por lo de señora, como por lo de abajo, es cuando se les ocurre á nuestros genios del Ayuntamiento hacer un teatro en el Retiro, que dicho sea de paso parece un patio del Cementerio Municipal, lleno de sarcófagos de mármol. Todo de blanco dorado, como el bastón de mando de nuestro impenable Vincenti.

Y puestos á hacer las cosas bien, no se conforman con inaugurar un lugar de espectáculo al aire libre, cuando estamos á punto de pensar en la calefacción, sino que

para demostrar que el municipio madrileño quiere proteger á los cómicos españoles que no dan un golpe desde que las varietés lo invaden todo, ha contratado una compañía de opereta italiana, que ya se saben de memoria hasta en los últimos villorrios. En fin, que nos han hecho la grandísima opereta.

Todavía, tendrías explicación el que hubiera traído una de esas grandes masas coreográficas, que ponen bailes como *Copelia* ó como *Excelsior*, que recrean el espíritu, y más que el espíritu, la vista, porque se ven en li-

UNA SUPRAGISTA INGLESA A LAS 12 DE LA NOCHE EN MADRID



—¡Dejadlas, hijos de la Gran Bretaña!

EN LA VERBENA



—¿A cuánto da usted la raja?

—Yo á cincoito ¿y usted?

bertad centenares de pantorrillas, que siendo procedentes del país de los macarrones parecen más apetitosas, pero colocarnos una docena de coristas que fueron á la escuela con la abuela de Garibaldi, y que ya no saben hacia dónde cae Nápoles, á causa del tiempo que faltan de sus lares, es idea peregrina, que sólo puede cocerse en ciertos magines edilicios.

Por más que bien mirado, es fácil que hayan hecho bien, porque imagínense ustedes en la mayoría de nuestros concejales colados entre un cuerpo de baile. Todos querían hacerse de él, ya por las buenas ó bien por las malas, que para algo tienen su fagín sobre los riñones ¡qué riñones!, y acabarían por manejar la lengua italiana á *tutti trapi*, para

achicar á Vincenti que no habla más que el gallego y algo de francés que le enseña á ratos perdidos un camarero del Café de París, que le está preparando para que por lo menos sepa decir ¡*gui, guil* cuando nos visite Poincaré.

Por lo pronto le ha enterado de que alcalde se escribe *maître* y ya se le ha quedado la palabra en la cabeza á fuerza de escuchar al imprescindible Buendía decirles á todas las viejas que chicolea: «¡Olé la *maître* que te ha parido! ¡so castizal!»

Otro edil, que es algo erudito, le ha enseñado á decirle, explicándole que aunque se escribe así, se pronuncia *mer*, y esto ya no le ha convencido tanto á su excelencia.

Porque es lo que él dice:

A lo mejor se equivocan y en vez de llamarme un subordinado *el mer*, me dice *la mer*, y tengo que aplicarle las Ordenanzas municipales por desacato... y por sinvergüenza.

Un pequeño REPORTER

RIVALIDADES



El viejo (muy bajito al perro).—Te odio con todo mi corazón.

Pérez, el marinista Mi amigo Pérez es un pintor a quien todos ustedes conocen y distinguen. Al revés de lo que sucede con el pobre Martínez Abades, que cada vez lo hace peor, no

Y LUEGO HABLAN DE «LA HOJA DE PARRA»



Lo que se vé en las playas.—Aunque parezca extraño, la del centro dirige su objetivo al mar y la que está agachada, lo dirige á tierra.

hay persona de buen gusto que no tenga un cuadro de Pérez en su casa.

La mayor parte del año la pasa fuera: en la costa cantábrica.

Allí se «documenta» tomando apuntes é impresionándose ante la contemplación de aquel mar bravío, que es eterno asunto para el marinista.

Después, cuando regresa á Madrid, es una bala perdida.

Hay meses que la mujer que va á arreglarle su estudio, donde tiene una alcoba, no necesita nada más que barrer un poco y quitar el polvo á los muebles: Pérez no ha deshecho la cama en todo ese tiempo.

Todas las mujeres le gustan: y en viendo unas faldas ya está en disposición de sentirse don Juan.

Como es lógico, yo tenía que ser gran amigo suyo por aquello de que *Dios los cría y ellos se juntan*.

Todos los días voy á verle al estudio y allí organizamos nuestras campañas y nuestras correrías para por la noche.

—¿Qué traes hoy?

—Nada de particular.

—Eso es poco.

—La Lolita se me ha negado á venir esta noche á cenar con su prima y nosotros dos.

—Pues es una gran contrariedad: porque no tenemos preparada ninguna otra chapuza.

—¿Tú no has visto á nadie?

—A nadie absolutamente.

Esto ocurría anteayer.

Pérez trabajaba delante del caballete dándole los últimos toques á una marina que debía terminar aquel mismo día: era un encargo que le pagaban espléndidamente.

—Pues lo siento, chico: porque con el

Y LUEGO HABLAN DE «LA HOJA DE PARRA»



Cómo se sientan en los paseos públicos las niñas de quince años (!Ay que ricas!) que gastan esas faldas tan cortitas y como ustedes ven, ya la necesitan larga, muy larga.

Y LUEGO HABLAN DE «LA HOJA DE PARRA»



Cómo instalan las pantorrillas cuando van en coche las señoras formales (¡Ay qué ricas también!).

montón de duros que cobraré esta tarde podíamos haber corrido una juerga de esas que no tienen fin.

—¿Qué le hemos de hacer?

En aquel momento llamaron á la puerta.

Pérez entusiasmado en el trabajo no se dió cuenta de que llamaban. Yo me levanté á abrir.

Tuve la precaución de descorrer antes la mirilla de la puerta y vi que se trataba de una mujer.

Como es natural, abrí inmediatamente.

—¿Es este un estudio de pintor?

—Sí, señora.

—Venía á ver si hacía falta modelo.

—Pase usted —le dije al observar que se trataba de una muchacha preciosa.

Pérez se fijó en ella. Ataviada modestamente esto mismo le hacía resaltar más aún su belleza.

—Yo no he servido nunca para esto —nos dijo—, pero en vista de que no podemos tener trabajo en nuestro oficio, mi hermana y yo, hemos decidido dedicarnos á esto. Nos han dicho que ustedes los pintores son buenísimas personas y que pagan á diez reales por hora.

—Sí, señora.

—Pues... si usted cree que le sirvo...

—Ya sabrá usted que las modelos no se reducen á dejarse copiar la cara.

—Sí; ya lo sé y aunque me cuesta mucha vergüenza pasar por ello, la persona que nos ha aconsejado, me dijo que no había en ello peligro ninguno.

—Ninguno.

—Pues entonces...

—Convendría que usted me demostrase sus aptitudes para la profesión...

—Sí, comprendido... ¿Quiere usted que me desnude?

—Eso mismo.

La muchachita se retiró á un rincón y comenzó á despojarse de sus ropas hasta quedarse desnuda.

Renunció á describirla para no darles á ustedes un mal rato: era doblemente bonita.

—¿Y su hermana de usted es lo mismo?

—Exactamente igual.

—Bueno; pues... podemos vernos esta noche y cenar los cuatro juntos.

—¿Pero no le sirvo como modelo?

—No; yo no pinto más que agua.

Y cogiendo sus ropas exclamó la infeliz:

—¡Bien podía usted haberme dicho antes de desnudarme que se dedicaba usted á las marinas!

Pero aquella noche cenamos los cuatro. ¡No habíamos de cenar!...

Clemente de CASTRO

Y LUEGO HABLAN DE «LA HOJA DE PARRA»



Las películas que se exhiben en los cines adonde pueden asistir «Boy-Scouts» que luego hacen ejercicios físicos y que no son precisamente los que ordena el capitán Iradier.

El "cine", — ¡Sí, señores!... La película triunfa porque debe triunfar; porque se impone

con la fuerza avasalladora y progresiva de lo nuevo... En nuestro menguado teatro chico, el cretinismo de nuestros autores y la inutilidad de nuestros cómicos, han entonado el *gori-gori* del género; porque en él, todo es mentira; porque los zurcidores de operetas, sainetes, revistas y zarzuelas sentimentales, nos hacen ver la vida ó ex-

ducir deseo!... ¡Viva la película! ¡Abajo el teatro!

Esto que antecede, lector amigo, no lo decía ningún representante de un *cine* céntrico, ni ningún operador de cinematógrafo, ni siquiera un agente artístico de la casa Pathé. Las anteriores frases surgían enfáticamente — con visos de proclama — de los negruzcos y sensuales labios de don Venancio, exdiputado á Cortes, hombre adinerado y cacique máximo de un distrito andaluz.

Don Venancio se había casado hacía poco, con una madrileña joven, limpia, bonita, chulona y castiza. Aparte de estas cualidades, Cayetana — así se llamaba la hija de los madriles — contaba la mitad justa de los años que usufructuaba don Venancio, que, á la sazón, eran cincuenta.

Cayetana, pues, con veinticinco años y con un marido que hablaba de política y de negocios, estaba más que plétórica de vida, de facultades... y de deseos de *marcarse en la Bombi* con cualquier sujeto decentemente amueblado, de esos que tienen tres *timos*

para llegar hasta el corazón de las hembras y tres pesetas *pá lo que se tercié*.

Pero, ¡ay!, que Cayetana, — hija de humildes, aunque adinerados, industriales de la Cabecera del Rastro —, renunció, al casarse con don Venancio y variar de condición social, á todas esas expansiones verbeneras y *manubriescas* que son, para una hija de Madrid, tan necesarias ó más que la cotidiana bizcochada.

Si don Venancio se hubiera ocupado más de su mujer — ó su mujer, que ambas posiciones son de hablativo — nada de particular hubiera pasado. Pero como el bueno del exdiputado siguió enfrascándose en su política y en sus industrias, sucedió lo

LAS PEQUEÑAS VERANEANTES



Una.— ¡Uy!, aquel hombre que se va á bañar en el río parece un director de orquesta.

Otra.— Sí, ahí van á mirar los músicos.

cesivamente ampliado — como vista á través de una lupa —, ó con los groseros y grotescos rasgos de una caricatura; en cambio, el *cine* nos proyecta la vida tal cuál es; sin aumentos atroces ni exageraciones ridículas; el *cine* sorprende el natural y lo lleva al escenario con una justeza matemática... Por eso, por eso triunfa la película sobre el teatro. Y yo sé decir que ayudaré al sostenimiento del *cine* con mi dinero y con mi influencia, si es preciso... ¡Basta ya de autores mediocres!... ¡Basta ya de tipes escualidas, que, sobre no enseñar más que *pantorrillas desmedradas*, suelen tener el *vicio de la virtud*, pero una virtud perversa que da ira, en vez de pro-

que tenía que suceder. Que, mientras don Venancio gestionaba —por medio de su influencia caciquil— la concesión de ciertos solares del Ayuntamiento para explotar un *cine* monstruo, Cayetana se marchaba á casa de Juan ó á Niza, donde se

DOS PROPOSICIONES



El de abajo.—Monísimas ¿las columpio á ustedes la barca?

El señor Udosio.—¿Y no le sería igual al *payito* columpiársela á un servidor?

partía el pecho bailando el *tuesten* con cierto casquero jacarandoso de su antigua calle.

Don Venancio había conseguido su objeto; los solares eran suyos ya; todo estaba preparado para la apertura, y el exdiputado hablaba peor que nunca del teatro chico, insistiendo en que el *cine*, solo el *cine* nos servía la realidad escueta.

En una función previa —dedicada á la Prensa— se ensayaban varias cintas que los operadores de don Venancio habían obtenido de asuntos típicos madrileños.

Cuando mediaba la primera cinta —cuya acción se desarrollaba en la Bombilla— don Venancio fué acometido de un síncope atroz.

¡El *cine* había sorprendido á su esposa con el casquero y servía á los espectadores la realidad exacta, sin aumentos ni menguas!...

Mingo REVULGO

¡Me voila!... Ociosa iba á recostarme esta mañana sobre mi mullido lecho, único compañero inseparable de mis tristes ilusiones (pues sabrás, lectorcito mío, que nadie me quiere, que estoy sola), cuando mi vista turbada aún por el sueño, apercibe al través de los pliegues de las cortinas de mi cuarto, nido de amor que aguarda siempre al jilguerillo que lo alegre con sus cantos, los débiles raycs de un sol matutino, el cual me da conciencia para llamar á mi doncella.

¡Con qué placer hubiese continuado aún entregada por completo en los brazos de Morfeo, para seguir gustando sus delicadas caricias y volar con él hacia un mundo de dichas y felicidades sin cuento, entrevistas en los cortos momentos de un sueño feliz!...

¡Con qué voluptuosidad *ingenua* hubiese recubierto mi cuerpo con mis perfumadas sábanas para gustar de su calorcillo regenerador!

LOS SOBONES



El.—En cuanto que vivamos juntos, te voy á comprar un magnífico tocador.

Ella (dejando de peinarse y á punto de conmovirse).—¡Para qué más *tocador* que tül

¡Con qué alegría hubiese evocado aún los sueños de la noche, llenos de felicidades y amor; los besos ardientes y apasionados, estampados delicadamente sobre los labios de un sér querido! Sí, todo esto hubiera hecho si el nuevo día no hubiese venido á saludarme; pero ahora al verme así, sola, rodeada tan solamente de mi gatito de Angora y de mis dos perritos los cuales me acarician *calina* y *caninamente*, me dan deseos de llorar...

Mi doncella entra al fin, llevándome el almuerzo y el correo... Pero ¿qué veo? ¡Sí, no me engaño, un pliego de Madrid... y de la dirección de LA HOJA DE PARRA!... Leo... el señor Director acepta mi colaboración. Sobre mi lecho salto como una loquilla... ¡Adiós tristezas y pesares, marchaos bien lejos de mi mente! ¡Oh, genios inmortales de la poesía! ¡Dioses divinos de la literatura! ¡Venid á mí!...

...Y al par que sobre mi cabeza cae ahora á raudales el sol, caiga sobre mi alma cuitada la mirra y el incienso de vuestra poesía para poder contar como vosotras lo haríais á los lectores de esta hoja todas las peripecias de mi vida...

A tí, pues, lector querido, me presento; y quiero tener la vanidad de hacerlo rodeada de mil perfumadas rosas de Sajón

para que su perfume embriagador venga á vosotros por medio de mis escritos y os embriague el alma cual fantástico y encantador beleño...

Loquilla lo soy; puede que también digas que soy... latosa; pero esto te lo perdono en cambio de tu perdón al tomarte el... pelo alguna vez, pues mi coquetería me incita á ello... Algunas veces seré romántica en mi disertaciones, humorística otras y las más ridícula... y también cursi, pues en el amor y sus consecuencias siempre se es algo por el estilo.

Mis cuentos os harán reir y también llorar (¡pobrecitos!), y algunas veces volaréis hasta lo desconocido pensando conmigo, pues como mi cabeza está llena de pájaros, no es extraño que alguno de ellos vuele con vosotros á regiones... elevadas.

Pero para que me conozcas del todo es necesario que por un instante me vuelva romántica dejando para el próximo artículo el humorismo sobre mis primeros amores.

Vuele, pues, mi alma hacia Cupido y ten conocimiento de cómo amo, ó mejor dicho, de cómo sé querer...

Te dije antes que estoy sola en París, sin amor de nadie; pero con el cariño de todos. ¿Comprendes?

CUALQUIERA SE EQUIVOCA



El bañero.—Señora, no tire tanto que me hace mucho daño.

La bañista.—¡Ay, qué tonta soy! Perdón, bañero, creí que era la maroma.

Recuerdo que la otra noche en el Casino de Dauville un *petit vieux* me dijo que le explicase el por qué estaba *sola* y sin amores. Me cogió una envidia loca al decirle ¡que... de verano! como hago con casi todos, y digo casi, porque á ti no debo decirte... aunque estemos en pleno... verano. En fin, le dije que estaba *sola* porque no me quiere nadie, aunque sea todo lo contrario ¡segura estoy de que tú ya me quieres, es decir, me *deseas!* y esto *mon petit loup* no le cuadra á tu Mistinguette, pues ella ama de un puro amor romántico, ideal, gozando al contemplar la sonrisa del sér amado... ama con un verdadero amor olímpico.

Hoy los hombres todos sois lo mismo, todos; á todos he probado, y al decir probado, quiero decir leer en su corazón... Todo es egoísmo, deseo... ¡Cuántos idillos serompen con vuestra prisa de poseernos!...

Vosotros mismos os engaáis, vosotros sois vuestros propios enemigos...

No saber acoger con vuestro manto á la caprichosa mariposa que va en busca de una flor... de un perfume... de un beso... de poesía.

Sí, de poesía... ¡Oh gloria á ti, divinidad suprema, qué adorable lo haces todo con tus cantos: lo mismo que la carne que se esconde bajo nuestras sedas y encajes y las cuales se hacen desear contemplando el contorno; contorno que vosotros locamente besais por decir que besais la línea; lo mismo eres tül A veces inconscientes besáis en los labios la *idea* y en la carne el *alma*... ¡Oh, divino amor, para mí eres todo poesía con todo lo que representas!...

Y mientras en mi camino no encuentre un alma como la mía seré como perdida mariposa.

Y en busca de su ideal volará la triste mariposa, mientras descansan las flores doblando sobre su tallo las delicadas corolas, y ella vuela, vuela entre el silencio,

solitaria, desesperada, buscando un sér que no conoce, pero que en amores la abrasa; por un amor que, increado, germina y vive en lo más recóndito de su alma, y... vuela, vuela sin descanso.

Así seré yo; pero espero que pronto lo encontraré, y con esta esperanza estampo un beso sobre estas letras para que su perfume embriagador y blando conquiste vuestros corazones y alivie mi desconsuelo...

MISTINGUETTE

Paris, Julio 1913.

NOCHES DE VERANO



El guardia.—¿Ya está usted tan fresca como el año pasado?

La vecina.—Pues sí que es usted fisonomista, señor guardia.

El guardia.—Es que la he conocido por las medias.

...Y VAMOS TIRANDO

Matutera se hizo Juana,
y por malas ó por buenas,
metía treinta docenas
de huevos á la semana.

Pero como ahora son nuevos
los guardas y *están avisos*,
le han hecho pagar por huevos
más de ochenta décomisos.

Luis ESTESO

La enfermedad de Pepita

Pepita se puso muy mala. Mujer de carnes incitantes, llena de juventud y de vida, iba perdiendo poco á poco la salud, y la clorosis empezaba á minarla.

Su marido, hombre torpe y vulgar, de-

LUTO RIGUROSO



La doncella.—Señorita, no encuentro las ligas; tendrá que ponerse estas blancas.

La señora.—¡Pero mujer; estando de luto por mi marido, me voy á poner ligas blancas! ¡Qué dirían de mí sus amigos!

dicado continuamente á sus muchos negocios, no cuidaba de la salud de la pobre niña, que enfermiza y ojerosa se consumía lentamente en el ardor de su impetuosa naturaleza.

Tres años hacía que se había unido á aquel hombre que nunca supo comprenderla.

Al principio todo sonrió á la pareja. Pasaron los primeros meses de caricias y de halagos. Pero el ardor de que estaba lleno su cuerpo joven sólo se apagó á medias en el altar del himeneo.

Su marido, hombre de temperamento linfático, no podía con sus moderados ímpetus apagar los ardores en que se consumía el cuerpo juvenil de su mujercita.

Pronto el hastío invadió el cuerpo y el alma de Pepita, y entre bostezo y bostezo ella dejaba escapar la pregunta:

—¿Aquello era todo? Y para buscar refugio á su ideal maltrecho pensó en un hijo.

—¡Un hijo! Eso pedía Pepita á su marido constantemente, como si el pobre hombre tuviera en sus manos el poder llenar este anhelo de su mujercita.

—¡Yo quiero un niño, Rafaell —le decía ella tenazmente, con ingenuidad infantil.

Y Rafael hizo esfuerzos sobrehumanos ¡Imposible!

—¡Ya verás tú cómo lo traemos! —exclamaba él lleno de convicción para calmar las impacencias del fogoso temperamento de Pepita.

Y hablaron de todo; del porvenir del chico; de sus disposiciones; de su habilidad y de su talento.

El quería un chico moreno y fuerte. Ella



La señorita.—Conociendo como conozco las costumbres de mi tía, me estraña que tenga estas esponjitas en su tocador, ¿qué hará con ellas?

La doncella.—Se las traga.

una niña rubia y delicada. Y en estas divagaciones pasaban los días y los meses y el ansiado nene, no sólo no venía, sino que no había siquiera sospechas de que en lo sucesivo fuera una realidad.

Y Pepita acudió fervorosa á los santos. Durante unas semanas un enorme cirio ardió constantemente en el altar del milagroso San Antonio.

¡Todo inútil! Y abstraída y llena de fatiga ella llegó furiosa á increpar á su marido:

—Ves, imbécil —le decía—; las de Pérez se casaron dos semanas antes que nosotros y ya han traído tres... tres, y eso que él está colocado en tranvías y trabaja diez y seis horas, y tú...

Y Pepita sufría después de este derroche de palabras un ataque de nervios.

Rafael estaba anonadado. Por fin se decidió á consultar el caso con un médico amigo, persona inteligente y discreta.

El llevaría con sus consejos la felicidad al hogar roto.

El galeno visitó la casa y se informó del estado de Pepita. Después llamó aparte al marido y habló con él confidencialmente.

—Mira, Rafael; tu mujer tiene una naturaleza brava y fuerte. Es —y perdóname la comparación— como esos campos de tierra dura y áspera que necesitan un riego

continuo para que sean fructíferos... ya lo sabes; un riego continuo.

Y el médico le recomendó la mandara á la sierra y que se sometiera á una alimentación sana. ¡Leche y huevos!

Cuando salió el médico todavía en los oídos del pobre hombre sonaban estas palabras como una acusación.

Ya, decidido, consultó el caso con Pepita. ¿Dónde la mandaría? Y ella en seguida le habló del primo de Rafael, médico de Villalón, que vivía en la sierra con sus tías. ¿Dónde mejor?...

Pocos días después, Pepita tomaba el tren dispuesta á reponer su salud.

Rafael le entregó una carta para Paco, joven médico de Villalón, primo suyo.

Querido Paco —le decía en su misiva— Pepita va á esa á pasar una temporada y á reponerse. Tú conocerás mejor que yo lo que tiene la pobrecita.

Un médico amigo me ha dicho que ella necesita una alimentación sana compuesta de leche y huevos.

Aquí en Madrid en esta época no hay un huevo fresco. La leche tampoco es pura. Por eso te la mando ahí. Además, podías tomar también algunos baños...

Y la carta continuaba haciéndole muchas observaciones.

PRESENCIANDO LA LUCHA



—A mí las presas que me gustan más son las de cintura por delante.

—Pues hija, á mí me enloquecen las de cadera por detrás.

LÓGICA PURA



Si esto es lógico y natural...

Llegaron las primeras cartas que él leyó con avidez. Todas decían lo mismo; Pepita era feliz. A los cinco meses de estancia en Villalón recibió una carta con aquella noticia cuyo contenido era la realización de sus sueños. La letra era de Paco.

«La venida de tu mujer me puso con cuidado y me llenó de preocupaciones. He hecho al pie de la letra lo que me recomendabas en tu carta. Para conseguir tus deseos he tenido que estar constantemente encima de ella. Al principio no quería tomar nada, pero yo la sometí á la fuerza. Con las mujeres no hay más remedio que hacer eso. En los primeros días no quería tomar los huevos crudos y se empeñó en que las primas le hicieran tortillas. Yo me opuse furiosamente porque eso podía serle perjudicial por la debilidad de su estómago.»

Hoy está en cama un poco enferma. Tiene mareos, inapetencia y una multitud de antojos ¡pero está hecha una bola!

Debes llevártela, pues para lo que se avecina es mejor que esté en Madrid donde estará mejor atendida...»

Y la carta seguía hablándole del estado de Pepita y de la conveniencia de su traslado.

A los pocos días Pepita anunció su llegada. Paco la condujo á Madrid.

Cuando bajó del coche Rafael estuvo á punto de desvanecerse. Ante el vientre abultado y voluminoso de Pepita él sintió toda la grandeza de su felicidad. Ni siquiera se atrevió á besarla por temor de causarla algún daño con su contacto.

Lleno de alegría se abrazó á su primo y derramando unas lágrimas exclamó:

—¡A ti te lo debo todo, Paco!...

∴

Pocos meses después Pepita traía al mundo dos rollizos gemelos.

Julio ROMANO

LÓGICA PURA



A muchas les debía ocurrir esto...

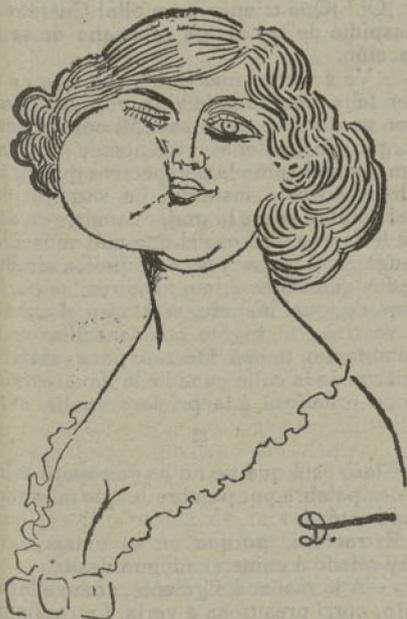
Leed en **EL LIBRO POPULAR**
LOS INVENCIBLES
novela completa por
FELIPE TRIGO

20 céntimos

:: Las fuerzas de un forzado

Los que somos enclenques y chiquitines cuántas veces hemos visto con envidia el lujo de fuerzas desplegado, no por un gobierno conservador del Sr. La Cierva en

LÓGICA PURA



Esto á otras.

los conflictos de orden público, sino por un buen mozo cualquiera, que en un momento determinado ha hecho temblar el velador de mármol del café al golpe furibundo de un puñetazo, ó ha abierto una puerta de una patada, pongo por... brutalidad!

Yo de mí sé decir que admiro á esos hombres como mi amigo Rogelio Pérez Olivares, cuyos bíceps abultados se delatan á través de la bien cortada americana y cuyas piernas arqueándose por las corvas dan idea de una solidez maravillosa y de una resistencia hercúlea.

Tener fuerzas, es llevar ganado todo pleito en primera instancia.

El hombre que acompaña á una mujer y destaca junto á la belleza de su acompa-

ñante la exuberancia de su musculatura, va seguro de que nadie ha de atreverse á disputarle aquella propiedad.

El que atraviesa, á las altas horas de la noche, un sitio extraviado, medroso y falto de vigilancia, si pisa fuerte y anuncia la presencia de su humanidad respetable por medio de una tos estentórea, va seguro también de que nadie osará detenerle para hacerle víctima del consabido atraco...

Y así por este orden.

Convengan conmigo todos los enclenques y desmedrados en que es cierta mi observación, en que esa irritante desigualdad de la Naturaleza no se arregla con teorías anarquistas ni mucho menos.

Bien es verdad que todo tiene su contra en el mundo.

A veces suele ocurrir que aquel dicho popularísimo: *Eres como la casa de Astrarena que tiene mucha fachada y poquísimas viviendas*, encuentra su confirmación en ejemplares de la índole á que me refiero.

La otra noche...

(Conste que esto que voy á contar lo sé de buena tinta; me lo ha referido una amiga.)

LÓGICA PURA



Y á algunas infelices, esto.

La otra noche, por ejemplo, debutó en la Ciudad Lineal un luchador alemán; la fama de que venía precedido, el reclamo de la prensa y el anuncio prodigado por todas las esquinas, atrajo al público en gran número.

El hombre alemán hizo, efectivamente, varias proezas. Derribó á siete ú ocho señores, grandes y forzudos como él, cuantas veces le vino en gana; levantó más tar-

CUENTO VIEJO



Naturalista 1.º—Sí, querido colega; hubo un tiempo que los caracoles se llamaban simplemente *caras*, pero por haber pernoctado una pareja de ellos en un campo de coles sin atreverse á hacer destrozos en la hortaliza, el Sumo Hacedor los confirmó con el nombre de *caracoles*.

Naturalista 2.º—Pues hubiera sido horroroso que hubieran pernoctado en un campo de ejos.

de un tablero que pesaba noventa y seis arrobas; dobló después la columna de un farol para encender un cigarrillo.

¡Un horror! Había momentos en que el público volvía la cabeza para no presenciar aquel exceso de fuerzas en que parecía inevitable una relajación cualquiera del organismo...

La amiga que me contó la cosa había asistido aquella noche acompañada de su íntima. (Es de advertir que ambas son fruta de esa cuya cáscara tiene un amargor hasta cierto punto muy agradable.)

El entusiasmo de la amiga de mi amiga rayó en el delirio: sintióse atraída y como doblegada ante aquel hombre de constitución hercúlea; olvidó que en la fila de atrás había un buen señor que la vino siguiendo desde primera hora de la noche y que parecía dispuesto á declararle su atrevida pasión en cuanto el espectáculo terminase, y no sé cómo se las compuso para conseguir, como consiguió, ponerse al habla con el Hércules alemán...

¡Oh! ¡Qué triunfo para ella! Cuando se despidió de mi amiga rebosaba de satisfacción.

—Ve á verme mañana. Creo que he de ser feliz para toda la vida porque soñaba con un hombre como ese. Mi corazón está virgen de pasiones violentas y hoy late emocionado ante la perspectiva que se me ofrece en este instante. La superioridad del hombre sobre la mujer consiste en eso: en la fuerza. Por eso el que más músculos tenga es el mejor y no esos pollos almibarados que visten como nosotras, se perfuman de igual manera, se atusan el cabello y se rizan el bigote con tenacillas y en cambio no tienen fuerzas para abrir la puerta de la calle cuando la llave está un poco premiosa á la primera vuelta. ¡Oh!

;;

Claro está que yo no he de repetir á ustedes palabra por palabra lo que mi amiga me contó.

Extractaré, porque en el extracto no hay miedo á cometer ningún desliz.

«—A la mañana siguiente, como ella me dijo, corrí presurosa á verla. La confianza que entre nosotras existe, me autorizaba para llegar hasta sus habitaciones particulares sin previo aviso. Me la encontré en el tocador sentada en una butaca, abstraída, pálida, entre llorosa y colérica.

—¿Qué te pasa? —le pregunté.

—Nada —me contestó.

—¿Y la perspectiva de que me hablabas anoche con aquel entusiasmo?

—Fué una ilusión.

—¿Cómo una ilusión?

—Sí, hija, sí; después de haber levantado cien kilos de peso con el dedo meñique y de haber roto en dos pedazos un tablero de mármol... ¡no le han quedado fuerzas para nada!

;;

¡Oh! ¡La casa de Astrarena!

FÉLIX RECIO

El caprichito de los espárragos

(citar nombres propios), celebraban la fiesta onomástica de su mujercita Ernestina N... Conviene advertir que los cónyuges se habían casado hace poco tiempo y que su luna de amor parecía conservarse en cuarto creciente; que la joven disfrutaba una libertad ilimitada de mozo calavera, que estaba muy consentida y muy mimada, y que *sir* Williams, que ya es un hombre talludito, no tenía valor para escatimar á su mujer ningún capricho.

Aquel día, (el de *marías*) Ernestina cumplía veintiún años, y *sir* Williams se despepitaba por mostrarse agradable y obsequioso. Por la mañana, deseosos de hacer algo extraordinario, se marcharon á bucear por las calles melancólicas de Londres: después almorzaron en su casa; un almuerzo de recién casados en que ambos se mostraron muy besucones, acaramelados y soboncitos. A los postres, *sir* Williams extremó sus caricias.

—No, ahora sería una locura —dijo ella rechazándole—; pueden venir visitas.

Entonces él habló de la noche; una noche de invierno, muy larga, muy dulce, que llegaría cargada de supremas voluptuosidades. De pronto Ernestina tuvo uno de aquellos arranques que tan cruelmente atormentaban la evangélica paciencia de *sir* Williams.

—Yo quiero espárragos —dijo.

—¡Espárragos... espárragos en Julio!... —repuso el marido estupefacto.

—Sí, quiero espárragos; los quiero absolutamente...

Aquel *quiere* de Ernestina tenía para el pobre fabricante algo del poder brutal, incontrastable, de los fuerzas naturales.

—Sre todo —añadió—; si no me complaces, ten por cierto que esta noche no soy tuya...

Y empezó á morderse los puños de coraje, á lloriquear y á dar pataditas en el suelo como una chiquilla mal criada. Williams estaba desesperado: lo de menos era pagar los malditos espárragos á peso de oro, ¡lo difícil, por no decir lo imposible, era encontrarlos!... Luego pensó en que aquel capricho bien podría ser un antojo de embarazada; y, sobre todo, en que Ernestina era muy capaz de no recibirle aquella noche, y al fin resolvióse á intentar la aventura.

—Bien —dijo levantándose—; corro á complacerte. No salgas, espérame aquí... yo estaré de vuelta antes de las cinco...

Es preciso conocer las enormes distancias que hay en Londres y la desesperante longitud de sus calles tiradas á cordel para apreciar los sufrimientos que torturaron á *sir* Williams durante aquella tarde memorable: primero tomó un coche; después otro y otro... conforme los caballos iban cansándose; luego, pareciéndole que los cocheros no conocían bien los atajos, echó pie á tierra y continuó su excursión con toda la celeridad posible. Aquella pregunta: —¿Tiene usted espárragos? —repetida diez, treinta, ¡cien veces!... sin resultado, llegó á producir en su cerebro una especie de vértigo.

¡Y á todas éstas Ernestina estaba esperándole resuelta á no recibirle aquella no-



omelle



Jeroglífico misterioso encontrado en unas excavaciones efectuadas en la calle de Ceres.

che si no le llevaba los espárragos prometidos!...

Al fin, molido, jadeante y casi borracho de fatiga, entró en cierto café de los arrabales muy frecuentado por jugadores, *sportman* y gente de dinero y de jarana.

—¿Tienen ustedes espárragos?—preguntó *sir* Williams acercándose al mostrador.

—Sí, señor —repuso un mozo que pareció muy admirado de la pregunta—; creo que guardamos una docena.

—Vengan —repuso Williams desfalleciendo de felicidad.

—Le advierto que son muy caros; usted comprenderá que en Julio... cuestan cinco libras.

¡Veinticinco duros por doce espárragos! *Sir* Williams examinó sus bolsillos y vio que sólo le quedaban dos libras y algunos chelines.

—Bueno —dijo— guárdemelos usted; yo vendré por ellos dentro de media hora.

Y se fué. Cuando llegó á su casa supo que Ernestina, aburrida de aguardarle se había marchado sin decir adónde.

Eran cerca de las siete.

—¡La pobrecita tiene razón! —pensó Williams que siempre encontraba en su amor disculpas para su mujer—; yo la prometí volver á las cinco!...

Después de descansar algunos momentos, cogió dinero y tornó al café en busca de los espárragos ajustados. Allí le esperaba una decepción horrible.

—Usted perdone—le dijo el mozo—pero momentos después de marcharse usted llegaron un caballero y una señora que también pidieron espárragos, y como usted no tuvo la precaución de dejar señal... Ahí dentro están cenando en un gabinete reservado!...

Sir Williams regresó á su domicilio desesperado; Ernestina no había vuelto y tuvo que cenar solo, pensando en quiénes podrían ser aquellos individuos que tan inopinadamente fueron á quitarle los espárragos conque él esperaba abrirse aquella noche las puertas del paraíso prometido. Luego se encerró en el gabinete, delante de la chimenea, esperando á Ernestina que llegó mucho después. Estaba risueña, como si todo lo hubiese olvidado: no habló de los espárragos y Williams se guardó muy mucho de recordárselos aun cuando su espíritu caviloso continuara pensando en aquel par de tórtolos que comían espárragos en gabinete reservado!...

Una vez acostados, Ernestina se mostró accesible y *sir* Williams fué feliz... Luego la joven bajóse del lecho para orinar y Williams, que estaba inclinado sobre ella divertido en besarla el pelo, recibió en las narices ese olor acre, suigéneris que dan los espárragos á los orines, y entonces vió desvanecerse las dudas que hasta allí le habían atormentado.

—¡Ya sé —murmuró— quiénes son los que se han comido los espárragos!...

Y no se equivocó en efecto: era Ernestina.

Sir Williams, que adquirió esta convicción algunos días después, no tuvo valor para matarla ni para divorciarse y ha preferido marcharse con la traidora muy lejos de Londres.

Luis de OSSA

Agentes exclusivos en Sud América

MASSIP Y PAJARES

RIVADAVIA, 1.255.—BUENOS AIRES

Imprenta particular de LA HOJA DE PARRA

CIEN PLAZAS

á Oficiales 5.^{os} de Hacienda

Anunciadas en la «Gaceta», convocatoria en 15 de Mayo y programa en 10 de Junio

APUNTES COMPLETOS

POR D. FRANCISCO ESPINOSA

Oficial en la Subsecretaría del Ministerio de Hacienda

Está á la venta por cuadernos al precio de 1,50 ptas. cada uno

Resultará la obra más barata en su género.

El comprador de estos APUNTES tiene derecho á consultar gratis al autor, sin envío de sello, cuantas dudas se le ocurran, escribiéndole al Apartado de Correos, 547.

Biblioteca Regional de Madrid

Los pedidos, acompañados de su importe, á EL LIBRO POPULAR.—Madrid. = =